

Ichan

tecoloti

AÑO 22, NÚM 259

MARZO 2012

**Los funerales
de figuras públicas:
veta de la historia cultural**



PEDRO CARRASCO PIZANA (1921-2012) REMEMBRANZA DE UN MAESTRO



Conocí al reconocido antropólogo y etnólogo español Pedro Carrasco Pizana en la ciudad de México en 1971. En ese tiempo, los connotados antropólogos Ángel Palerm y Carmen Viqueira fundaron la Escuela de Graduados de la Universidad Iberoamericana, situada en la avenida de Las Torres en la colonia Campestre Churubusco. Invitados por Palerm y Viqueira, en esta institución dictaron seminarios Stanley Diamond, Robert Manners, David Kaplan, Eric Hosbawn, Germán Guzmán Campos, Arturo Warman, Hugo Nuttini, Paul Kirchhoff, Edward Calnek, Frederick Katz, Pedro Carrasco, Guillermo Bonfil, Scott Robinson y el mismo Palerm, entre los que recuerdo.

Carrasco diseñó un seminario sobre etnohistoria mesoamericana que dividió en cuatro cursos que examinaron a detalle el México prehispánico. En su curso la discusión giró en torno a la naturaleza del *calpulli* mexica, lo que le permitió desplegar su vasto conocimiento sobre el tema. En especial recuerdo que participó en el curso que dictaba el etnohistoriador alemán Paul Kirchhoff sobre el México antiguo, en el que intervenían como “discutidores” el propio Pedro Carrasco y Ángel Palerm. Quienes asistíamos a este seminario fuimos testigos de una de las discusiones más eruditas que se dieron en aquellos años acerca de cómo explicar la estructura social y política de uno de los más complejos Estados de la antigüedad americana como lo fue el mexica.

Carrasco conocía bien a Palerm y a Kirchhoff. Con el primero, compartía la condición de exilado de la guerra de España y con el segundo trabajó en los Estados Unidos, donde completó su formación de etnohistoriador. Kirchhoff le dirigió la tesis de doctorado, misma que fue publicada con el título *Land and polity in Tibet* (Seattle, University of Washington Press, 1959). Por cierto, el contenido del curso de Kirchhoff fue editado por la Dra. Teresa Rojas (CIESAS-DF), quien grabó las sesiones y tuvo el buen tino de ordenarlas para su publicación (véase: Paul Kirchhoff, *Principios estructurales en el México antiguo*, edición Teresa Rojas Rabiela, México, Cuadernos de la Casa Chata, CIESAS, 1983).

Pedro Carrasco Pizana nació en Madrid, España, el 20 de septiembre de 1921. Era hijo de Pedro Carrasco Garrarena, notable físico, quien fuera director del Observatorio Astronómico de Madrid, de la Facultad de Ciencias de la Universidad Autónoma de Madrid. Durante la guerra de España, Francisco Franco desplegó una especial persecución contra Carrasco Garrarena que, estando en Francia en condiciones deplorables, decidió trasladarse a México con su familia, entre ellos, su hijo Pedro.

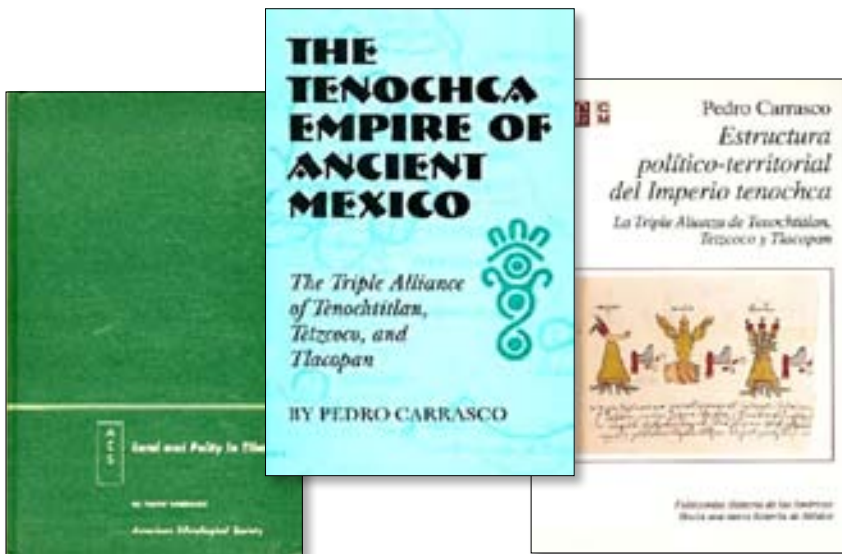
La familia llegó al país en 1939, antes de que se produjera el exilio masivo de republicanos españoles. Pedro Carrasco Pizana tenía dieciocho años. La familia se instaló en la ciudad de México al ingresar el padre como investigador y docente a la UNAM, institución en la que prestó sus servicios para formar a varias generaciones de físicos mexicanos que contribuyeron al avance de la ciencia en el país. Murió en 1966. Su hijo Pedro Carrasco Pizana estudiaría en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en donde se graduó de

etnólogo con especialidad en etnohistoria. De hecho, Pedro Carrasco pertenece a las generaciones fundadoras de la ENAH, al ser el segundo graduado de esa escuela (el primero fue el antropólogo físico Eusebio Dávalos Hurtado). Presentó su tesis en 1945. El texto es un clásico de la antropología mexicana que lleva por título *Cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana*, editada en 1950 en conjunto por la UNAM y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

En 1971 Pedro Carrasco me contrató para que hiciera un periodo breve de trabajo de campo en Zamora, Michoacán. Para aquel entonces era conocido su espléndido libro *El catolicismo popular de los tarascos*, que incluso por esos años, en 1976, se publicó en la colección SEP-setentas que fundara el antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán. Con el encargo de Carrasco, me trasladé a Zamora, ciudad en la que viví aproximadamente quince días en el Hotel Fénix, aún de pie en la actualidad, mientras hacía mis primeros apuntes de etnografía urbana. Recuerdo que redacté un texto alusivo a esa experiencia, mismo que entregué a Carrasco y recibí un pago por ello. No supe qué fue de mi texto porque no conservé copia.

Al terminar el año de 1971 —que fue muy intenso en cuanto a seminarios y lecturas en la Escuela de Graduados de la Universidad Iberoamericana—, Ángel Palerm me habló de la posibilidad de obtener una beca para estudiar en la Universidad del Estado de Nueva York, Estados Unidos, en Stony Brook, precisamente bajo la dirección de Pedro Carrasco y con el atractivo de cursar seminarios con otro ilustre antropólogo republicano: Pedro Armillas. Se me informó de un requisito indispensable para obtener esa beca: hablar y escribir el inglés. Por esa razón, me inscribí en un curso de inglés dictado por Enriqueta Cabrera en la propia Universidad Iberoamericana, en el que pasé nueve horas diarias.

La prueba de fuego era la presentación del examen de inglés para extranjeros que aplicaba el consulado norteamericano y que libré decorosamente. Pedro Carrasco me extendió una carta en su calidad de Jefe de Departamento para certificar que había sido admitido en la Universidad de Nueva York, en donde se me esperaba para iniciar cursos a finales del mes de enero de 1972. Después de jurar en una oficina de la Embajada Norteamericana en México con la mano sobre la Biblia, que nunca pertencí al partido comunista mexicano ni había intentado pertenecer y que menos participaría en un



“Rehuyó la discusión ideológica que, me parece, incluso le molestaba. Lo suyo eran los datos, las evidencias para comprobar una afirmación”.

Dr. Andrés Fábregas Puig
CIESAS-Sureste

Publicaciones del Dr. Pedro Carrasco Pizana.

complot para asesinar al presidente de los Estados Unidos, obtuve la visa de estudiante para ingresar al Departamento de Antropología de la Universidad del Estado de Nueva York, en Stony Brook.

Llegué a Nueva York en medio del invierno de 1972. El frío era avasallante. La solidaridad de la antropóloga Mari Jose Amerlinck fue definitiva en esos primeros días en Stony Brook, mientras conseguía en donde vivir. Carrasco me extendió otra carta en donde respondía por mi conducta, lo que me abrió las puertas de la Universidad y facilitó mi incorporación al Departamento de Antropología como profesor asistente del propio Pedro.

Fueron años intensos, de lecturas interminables, redacción de ensayos y asistencia a seminarios. Si algo recuerdo muy vívidamente de aquellos días, además de los seminarios y la asistencia a la biblioteca, es una invitación que me hizo Carrasco para acompañarlo a comer con Carlos Castaneda, el legendario autor de *Las enseñanzas de Don Juan* (edición más reciente en el Fondo de Cultura Económica de 2001), que resultó ser un amigo cercano de Pedro, a cuya invitación respondía su presencia en Stony Brook. La comida se llevó a cabo en el comedor de profesores del campus universitario, un lugar casi vedado a los estudiantes. Asistí nervioso y curioso. Cuando estreché la mano de Carlos Castaneda caí en cuenta de lo privilegiado que me tocaba ser en esos momentos.

Para mi fortuna tenía fresca la experiencia de mi trabajo de campo en Chalco-Amecameca bajo la dirección del antropólogo Guillermo Bonfil, por lo que me introduje a la conversación sobre nahuales y brujas que conducía Castaneda. Me llamó la atención el trato cordial, familiar, entre Castaneda y Carrasco, lo que incluso me sorprendió. En esa conversación y en respuesta a una de mis preguntas, Castaneda aclaró que el Castaneda que usaba era una adaptación norteamericana de su apellido, que el personaje Don Juan Matus sí existía y que él había nacido en el Perú. Por la noche, Carlos Castaneda dictó una conferencia en un auditorio universitario repleto

hasta el último rincón. Pedro Carrasco hizo la presentación del antropólogo peruano, situándolo como uno de los etnógrafos contemporáneos más importantes en América Latina. No volví a ver a Castaneda después de aquella conferencia.

Pedro Carrasco vivía en una de las zonas de bosque más hermosas de Stony Brook. Su casa era espaciosa, con un gran jardín rodeándola. La biblioteca era inmensa. Vivía con su esposa y sus dos hijas, quienes me trataban con cordialidad y amabilidad cuando llegaba para trabajar en la biblioteca. Carrasco no era muy dado a discutir teorías sino datos concretos, información documental, pruebas que pudiesen esgrimirse sin dudas para ilustrar una situación dada. Ello no ocultaba su erudición antropológica y sus virtudes de etnohistoriador. Rehuyó la discusión ideológica que, me parece, incluso le molestaba. Lo suyo eran los datos, las evidencias para comprobar una afirmación. Nunca aceptó hablar conmigo sobre la guerra de España. A lo más, me comentó que era cierto lo que se decía del conflicto que él, Pedro Armillas y Palerm, todos ellos españoles, tuvieron con el arqueólogo mexicano Alfonso Caso, lo que los obligó a salir del país y asentarse en Estados Unidos.

Nunca volvió, como fue también el caso de Armillas. Un día me dijo “el inglés se aprende para ganarse la vida”, expresándome su escasa esperanza en que algún día nuestros países se desembarazarían de la tutela norteamericana. Pero nada más. Las conversaciones con él giraron en torno al México prehispánico, los linajes, los grupos localizados de parentesco, la importancia del libro de Alonso de Zorita para entender el parentesco entre los grupos nahuas, los inicios de la Nueva España, los aportes del historiador Charles Gibson y de arqueólogos como Pedro Armillas.

Un buen día, al finalizar el primer semestre en Stony Brook, Pedro Carrasco me informó que debía aplicar al examen de calidad, el equivalente a la maestría en México, para poder mantener la beca. Me pasé un verano en la biblioteca leyendo por las tardes la bibliografía que el propio Carrasco

me proporcionó, mientras en las mañanas trabajé en una pescadería para obtener el sustento. El día señalado para el examen me presenté ante Pedro Carrasco, quien me advirtió que una vez iniciado el mismo no podría abandonar la oficina en la que estaría prácticamente encerrado durante las cuatro horas de duración de la prueba. Pedro Carrasco mismo me encerró en su propia oficina y escribí la prueba usando su escritorio. Él mismo me entregó los resultados unos días después, con el comentario de que la beca seguía vigente.

Regresé a México al final del primer semestre de 1973 para incorporarme al Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CIS-INAH) dirigido por Ángel Palerm. No volví a ver a Pedro Carrasco. En algún momento, quizá a principios de la década de los noventa, se le hizo un homenaje en la ciudad de Villahermosa, Tabasco, en alguna reunión de la Sociedad Mexicana de Antropología. Por alguna razón me vi impedido de asistir a su homenaje. La noticia de su muerte me llenó de recuerdos del maestro de la Escuela de Graduados de la Iberoamericana y de sus discusiones con Palerm y Kirchhoff, del jefe de Departamento en Stony Brook, de su exigencia en que se cumplieren las reglas de la

investigación empírica alejada de las disquisiciones ideológicas, de la conversación con Carlos Castaneda, de la asistencia a sus clases en aulas repletas de alumnos que lo escuchaban con admiración, mientras tomaba mis notas para cumplir mis obligaciones de profesor asistente.

Me lo imaginé en su casa en medio del bosque, caminando en el jardín sosteniendo uno de los documentos que leía mientras redactaba alguno de sus textos. No lo recuerdo como un hombre apegado al buen humor. Más bien era retraído y huraño. Escribió mucho y bien. Sobria su escritura como era su carácter, sin un más ni un menos. Con la muerte de Pedro Carrasco se cierra un gran ciclo de la antropología mexicana, de la etnohistoria en particular, al ser el último de aquel trío formado por Pedro Armillas, Ángel Palerm y él mismo.

DR. ANDRÉS FÁBREGAS PUIG

Investigador del CIESAS-Sureste

apfgup@gmail.com

En el sitio www.legacy.com/obituaries se encuentra un obituario en honor al Dr. Pedro Carrasco Pizana, que puede ser consultado.

XV ANIVERSARIO
CÁTEDRA DE GEOGRAFÍA HUMANA ELISÉE RECLUS
Los desastres no pueden ser considerados "naturales":
Dr. Patrick Pigeon, Universidad de Saboya, Francia



Dra. Carmen Icazuriaga (CIESAS-DF)
y Dr. Patrick Pigeon, Universidad
de Saboya, Francia.

Foto:
José Antonio Bernal.

Del 23 al 27 de enero de 2012, el Dr. Patrick Pigeon de la Universidad de Saboya, Francia, impartió el seminario "Los retos de la gestión del desastre desde un enfoque geográfico" en el CIESAS-DF. El planteamiento principal que se abordó en las sesiones fue que los desastres no pueden ser considerados "naturales", ya que la intervención humana en la naturaleza (antropización) es un hecho demostrable.

El Dr. Pigeon, geomorfológico y geógrafo humano, argumentó que en los

estudios de caso que ha realizado sobre deslizamientos de suelos e inundaciones de poblaciones, originados por efectos climáticos, ha corroborado que estos problemas se agravan por la intervención humana en la modificación del territorio, ya sea por urbanización o por construcción de infraestructura.

El seminario, organizado por la Cátedra de Geografía Humana Elisée Reclus, tuvo una nutrida recepción. Todos los días participaron entre cincuenta y cinco y setenta personas. Además, por

el sistema de videoconferencias enlazado con las sedes Sureste y Occidente del CIESAS, El Colegio de Michoacán (Colmich) en sus dos unidades: La Piedad y Zamora, El Colegio de San Luis (Colsan) y el Instituto de Geografía de la UNAM; en el conjunto de estas unidades la media de asistencia fue de diez personas.

La creciente participación que se ha dado en los seminarios muestra la consolidación y el alto nivel académico de la Cátedra de Geografía Humana Elisée Reclus, cuyas actividades iniciaron en